

Procesos de mediación y transformación intercultural

Jordi Farré Coma
Universitat Rovira i Virgili

Abstract

Within all processes of mediation, the intercultural field has been opened to new frontiers dominated by the speed of changes. Cultures are now changing for communication formats and for rhythms of information routines. Personal and collective identities are being re-imagined through mediated communication. Culture and mediated communication have become twin concepts. In short, doing research about intercultural contacts today must consider as essential the ways in which we are able to understand and tame new media, technologies and audiences.

Sociedad de la información: la alteridad en la sociedad de riesgo

La teoría de la comunicación como ámbito de conocimiento se ha definido por su carácter pluridisciplinario. En su proceso de institucionalización hacia los años 40 y 50 del siglo pasado en Estados Unidos, las ciencias sociales tuvieron un papel determinante. Hacia la década de los 80 podemos afirmar que la comunicación, en su vertiente tecnológica y social, se ha convertido en un concepto clave para entender las transformaciones e innovaciones de todo orden que han acontecido a un ritmo desenfrenado en el contexto sociocultural. Paradójicamente, las sociedades de la información se han tornado sociedades de riesgo.

Sin la pretensión de suscribir el pesimismo de los pensadores clásicos de la Teoría Crítica, cabe recordar como Horkheimer y Adorno, ya en 1944, mostraban que los procesos de racionalización proyectan una imagen de dominio y control sobre el mundo que, en virtud de su propia dinámica, desembocan en el efecto perverso de su autodestrucción. En los tiempos de globalización, esta forma de teorizar recupera toda su vigencia. Precisamente, el incremento de racionalización prometido por la modernidad, lejos de eliminar la incertidumbre y el temor a las contingencias, acaba produciéndolas.

Quizás independientemente de lo que los actores sociales quieran o no, y a sus espaldas, lo que está aconteciendo es un proceso de mundialización de las consecuencias no deseadas generadas por la modernidad: el riesgo, la opacidad del entorno, la creciente inseguridad ontológica, el retorno del mito y el triunfo de la individualización. Paradójicamente, este proceso de desintegración y agotamiento del proyecto de la modernidad sucede en paralelo a un desarrollo social, económico, científico y político desconocido por la humanidad hasta nuestros días. El enemigo se encuentra en el interior del mismo proyecto y no puede ser expiado culpando a enemigos exteriores.

Esta última caracterización procedente de la teoría social desarrollada por el sociólogo Ulrich Beck ha cobrado una inusitada vigencia que puede reseguirse a partir de la pauta de los acontecimientos históricos. El desastre nuclear de Chernobyl, la caída del Muro de Berlín y la desintegración del socialismo real o los atentados terroristas del 11-S y el 11-M

son algunos hitos que han alimentado la reflexión de Beck en términos de la irresponsabilidad organizada, la modernización reflexiva, la globalización y el nuevo desorden internacional.

La configuración como nueva teoría crítica en un contexto definido como sociedad cosmopolita del riesgo global implica un duro golpe a la línea de flotación del marco racional que representó la modernización ilustrada. En palabras del estudioso alemán en la sociedad del riesgo se vuelven necesarias para la vida, la capacidad de anticipar peligros, de soportarlos, de enfrentarse a ellos biográfica y políticamente. ¿Y en términos comunicativos?.

Muchos estudios centran su análisis en la prevención y las consecuencias de las situaciones de crisis o acontecimientos de riesgo. Otros, en cambio, se vinculan con la investigación sobre la percepción del riesgo y con las áreas de comunicación de crisis, una vez éstas ya se desencadenaron y la respuesta consiste más bien en la evaluación técnica y coyuntural de sus efectos inmediatos. En suma, el campo de la comunicación de riesgo presenta importantes conexiones con el estudio de los medios y con el procesamiento de la información corporativa. No obstante, la relevancia conceptual de la investigación de la comunicación de riesgo se encuadra en la creciente diversidad de estrategias de información.

En la sociedad de riesgo se han multiplicado las posibilidades mediáticas hasta el punto que la disponibilidad de nuevas tecnologías para el uso privado, como los celulares o el intercambio de información a través de internet o de otros dispositivos electrónicos, constituyen elementos fundamentales. De hecho, Wolton apunta que estos nuevos dispositivos simbolizan la paradoja de que cuanto más necesidad de navegación en las redes experimenta la humanidad, más necesita hablarse:

“En realidad, la aparición de la convivencia cultural como apuesta política de la tercera mundialización ilustra *las dos filosofías de la comunicación*, técnica y política, que se oponen desde hace mucho tiempo. La primera cree que, fundada en las técnicas y en las promesas de los mercados, podrá generar una sociedad de la información donde individuos y colectividades, formando una vasta comunidad, circularán libremente por las redes. La segunda busca más bien, partiendo de una definición humanista y política de la comunicación, sentar las bases de la intercomprensión organizando una convivencia entre culturas.

Las dos últimas décadas del siglo XX estuvieron dominadas por la visión técnica y económica de la comunicación. El comienzo del siglo XXI, con los conflictos y el terrorismo, recupera la importancia de una definición humanista y política a su respecto.” (Wolton, 2004:191)

En ningún caso, el sistema capitalista es un sistema neutro en términos culturales. Su principal objetivo es la promoción de la cultura de consumo muy por encima de la defensa de la diversidad cultural. A pesar de ello, los procesos de mediación amplifican las experiencias hacia los otros y adoptan un papel central en la transformación intercultural. La aproximación a la interculturalidad desde la teoría de la comunicación presenta un concepto crucial que es el de mediación, entendido como el proceso dialéctico, en el cual los medios de comunicación institucionalizados contribuyen a la circulación generalizada de símbolos en la vida social.

A partir de los procesos de mediación, los medios de comunicación social configuran una estructura interna de significados basada en un sistema de presupuestos, valores y comportamiento que confluyen en una lógica mediática específica. Nuestra cosmovisión está sujeta a la realidad que experimentamos. La creciente mediación de la experiencia construye un mundo abstracto, no real, aunque es muy real en sus consecuencias. La conexión

intercultural amplía y transforma nuestras identidades personales al mismo tiempo que las consolida en su entorno local en convivencia compleja con el cosmopolitismo cultural.

Con la irrupción de nuevas formas de comunicación, el proceso de mediación de la experiencia se ha convertido en el flujo intensivo de nuestras vidas cotidianas. Sus consecuencias significativas recaen sobre cómo el mundo se nos aparece proporcionándonos un marco para la definición y la conducta de nuestras relaciones con el otro pero, muy en especial, hacia el otro distante que suele presentarse en y a través de los medios. En la omnipresencia constante de la mediación de la experiencia hacia el otro reside la cuestión clave: ¿Cuál es el fundamento de la ilusión de la conexión?

Si la respuesta es el rechazo del otro, la persistencia de la distancia es un problema de responsabilidad cómplice por parte de las audiencias que han aceptado cotidianamente las formas y procesos de mediación de las realidades del mundo por los medios. Pero además, acometer la responsabilidad hacia el otro implica tomar una posición más allá de la pantalla del otro en crisis. La extensión de la cultura del miedo conlleva el miedo a las culturas y eso depende, en última instancia, de nuestra capacidad de proximidad, de deseo de comprensión e intervención.

Podemos dudar sobre si los medios de comunicación juegan o no un rol significativo en la amplificación del discurso del miedo y en las percepciones sociales del riesgo. Quizás la preocupación mediática acerca del riesgo pueda ser un síntoma del problema y no su causa. Pero indudablemente la multiplicación de las experiencias mediadas asociadas temáticamente con el miedo, el peligro y el riesgo se acaban integrando crucialmente en la vida cotidiana de las audiencias, configurando sus identidades y narrativas (Altheide, 2002).

Como corolario, la tercera mundialización que nos sugiere Wolton (2004), y sus nuevos desafíos, apunta claramente hacia la agenda de prioridades desde la teoría de la comunicación:

“Con el surgimiento del receptor, el siglo XXI debe comenzar a pensar de veras una política de la diversidad cultural. Si no hay *opinión pública mundial*, hay en cambio *culturas*. Reflexionar sobre las condiciones de recepción de los diferentes mensajes obliga a pensar la convivencia cultural, y depende de tres fenómenos de base. Primero, no hay teoría de la comunicación sin una problemática del receptor. Esto se traducirá igualmente en la necesidad de admitir la *negociación* y, por tanto, de lentificar el proceso de comunicación, mientras que hasta ahora sólo se hablaba de acelerarlo (...) Por último, admitir la legitimidad del receptor es trastocar la jerarquía entre lo alto y lo bajo. Es, a la larga, admitir cierta *igualdad*, en todo caso una igual dignidad entre los diferentes participantes en las industrias de la comunicación. Tomar en cuenta el receptor es, finalmente, plantear la cuestión de la alteridad y por tanto de la *convivencia*, que será uno de los grandes asuntos políticos del siglo XXI.” (Wolton, 2004:35-6)

Comunicación y cultura

En momentos de crisis y ruptura, la recuperación de los clásicos se convierte en una necesidad tanto por su vigencia como por su eficacia en los diagnósticos. En estos momentos de ruptura, John Dewey, representante de la corriente pragmatista de la Escuela de Chicago, puede sernos muy útil.

En el planteamiento de Dewey no se puede aceptar que la filosofía deje las cosas como están por lo que mantiene una decidida vocación de intervención social, principal rasgo de su concepción de la filosofía como crítica de la cultura, como forma de vida. La crítica mediante la discusión es indispensable e inherentemente implica comunicación, compartir ideas y ponerlas en común. Quizá no exista mejor definición de cultura que aquella según la cual la cultura es la capacidad de ampliación constante del alcance y el ajuste de la propia percepción de significados. En este razonamiento el concepto de cultura se articula constitutivamente sobre la idea de lo social poniendo el énfasis en la subordinación de lo puramente individual. Si la cultura es aquello que la sociedad comunica, para que la crítica de la cultura sea viable en el ámbito de lo social, que es la categoría filosófica inclusiva, debe articularse a partir de las categorías de relación y comunicación. La sociedad no sólo sigue existiendo por la transmisión, por la comunicación, sino en la transmisión, en la comunicación. Hay algo más que un nexo verbal entre las palabras común, comunidad y comunicación. Los seres humanos vivimos en sociedad en virtud de las cosas que tenemos en común, y la comunicación es el modo en que llegamos a poseer esas cosas en común.

En sus palabras: “reducir la libertad a la libertad política puede llegar a acarrear la pérdida de esa misma libertad política”. Con esta advertencia se colige que la democracia civil está por encima de los procesos electores de la democracia política. Pero además el pragmatismo político de Dewey es una respuesta crítica ante la experiencia del desajuste entre las nuevas realidades sociales de la economía industrial y los ideales políticos tradicionales de la democracia americana. La expansión económica generada por los avances tecnológicos plantea unas repercusiones sociales que no pueden defenderse con la ausencia de la política. La democracia dejaría de ser un factor de vertebración para formalizarse como elemento de desintegración y desarraigo. Para luchar contra esta amenaza, propone una reconstrucción crítica de la democracia: revisar los fundamentos del liberalismo, ubicar los valores de libertad, igualdad e individualidad en un nuevo contexto y provocar el debate en torno a la participación social.

La existencia humana se convierte en virtualmente imposible sin relación: el desarrollo de las capacidades individuales (libertad) depende del contacto con una amplia variedad (pluralismo) de pueblos, ideas y condiciones. Así tanto el modo o cualidad como la multiplicidad y variedad de asociación es importante. La libertad es imposible sin las relaciones humanas que son vastas y diversas como deben ser también fraternales. La fraternidad implica cooperación y relación en su sentido más completo.

En una constitución democrática se supone la libertad individual en el sentido de un desarrollo de la personalidad exento de coacción, el cual, bajo condiciones institucionalizadas de igualdad de oportunidades, propicia el desarrollo de las capacidades y fuerzas a todo miembro de la sociedad que le permiten contribuir, de forma solidaria, con las metas comúnmente compartidas.

Se trata de establecer la relación dialéctica que existe entre las virtualidades de la democracia liberal, en el sentido específico en que Dewey la entendía, es decir como un sistema político que confiaba en las potencialidades de la naturaleza humana para la vida en común, y el concepto de tolerancia (étnica, pero también religiosa y de costumbres), tanto dentro de la nación norteamericana como en las relaciones internacionales.

Dewey identifica el concepto de comunidad con democracia que para su construcción requiere valores compartidos que se configuran por medios de la comunicación. Por ello la comunicación es la base de la comunidad. Además, con la comunicación se extrae

y se amplía el horizonte de significado común (la cultura) del mismo modo que se promueve la participación a través del pensamiento público expandido. Aquellos que creen que la asociación significa pérdida de individualidad confunden que unidad no es equivalente a homogeneidad. La unidad se logra y se forja, no viene dada por adelantado. El ideal de la democracia es el ideal de la cooperación entre los individuos distintos pero conlleva formar parte de una comunidad con una finalidad común.

La comunicación es considerada fundamental para la democracia aunque no es suficiente superar obstáculos en la comunicación. La batalla se libra en las condiciones que la hacen posible, primeramente en la educación. La libertad de expresión por ejemplo se convierte en una expresión vacía a menos que el poder de pensar y hablar desde la inteligencia haya sido cultivado convenientemente. En esta línea argumental, la discusión deweyana nos acerca a la propia naturaleza de la democracia. Como versión antagónica, utilizaremos las contribuciones de Walter Lippmann con el que mantuvo un debate intelectual en los decenios de 1920-30 del siglo XX. En palabras del periodista podemos comprobar la crítica incisiva que plantea en torno a la teoría de la democracia:

“(…) En ausencia de unas instituciones y una educación que permitan presentar el entorno con tanto acierto, que todas las realidades de la vida pública se impongan a las opiniones egocéntricas, los intereses comunes escapan en gran medida a la comprensión de la opinión pública y sólo podrán ser administrados por una clase especializada, cuyos intereses trasciendan el ámbito local. Por un lado, esta clase actuará en función de una información que no poseerán los demás y en situaciones que el público en general no podrá concebir y, por otro, sólo rendirá cuentas de hechos ya consumados, por lo que nos resultará virtualmente imposible exigirle responsabilidades.

La teoría democrática, al no admitir que las opiniones egocéntricas por sí mismas no bastan para procurar gobiernos satisfactorios, está en perpetuo conflicto con la práctica (...)” (Lippmann, 2003:253)

En otros términos muy distintos, Dewey defendía que la democracia era un proceso en desarrollo permanente y aún reconociendo sus problemas esto no era excusa para abandonarla en manos de expertos científicos. No podía admitirse que el público dejase de existir sino, muy por el contrario y a pesar de su eclipse coyuntural, cabía dirigirse hacia su reconocimiento pleno, dado que el público siempre mantiene el potencial para reformarse a sí mismo en cualquier circunstancia. El gobierno democrático arranca directamente del público y éste debe, en primer término, resolver el problema de desarrollar un sistema para la selección de sus representantes determinándoles sus responsabilidades y derechos.

Para Dewey, y en respuesta a Lippmann, estos problemas no se deben a la imposibilidad del público sino al hecho de que las nuevas fuerzas en formación en la sociedad como la tecnología y el capitalismo han contribuido a reestructurar las relaciones humanas hasta el punto de hacer perder al público el sentido de sí mismo, su propia existencia social. Según Dewey el único propósito del gobierno es representar los intereses del público. En este propósito la prensa es esencial para mantener al público en contacto con él mismo y con las acciones que los que gobiernan realizan en su nombre. El público no es mero espectador sino actor indispensable para el funcionamiento de la democracia.

En la visión deweyana, la finalidad básica de las noticias no es principalmente informar sino hacer las ideas públicas, incluyendo los resultados de la investigación científica

para estimular así el debate y el juicio según las necesidades e intereses de la comunidad. La prensa adopta el papel de ayudar en la determinación de aquello que será considerado como nuestra comprensión compartida del mundo social. Cabe acometer una especie de socialización de la inteligencia que haga posible el desarrollo de la democracia social. En el campo de la prensa un intento frustrado de llevar a la práctica sus ideas se truncó en lo que debía ser el diario *Thought News*, donde Dewey pretendía consolidar la larga tradición liberal de periodismo de opinión. Por ejemplo, Dewey defendía, en un discurso pronunciado por la radio en 1934, que la radio podría servir como el más poderoso instrumento de educación social que el mundo jamás hubiese visto o, por el contrario, ser utilizado para distorsionar los hechos y desorientar la mente del público. En verdad, mantenía que ese era uno de los problemas cruciales de su tiempo, comprobar si la radio sería utilizada a favor del interés público y social.

En consecuencia, la respuesta a los problemas de la democracia continúa siendo una mayor participación por encima del poder económico, los intereses gubernamentales o la manipulación de la opinión pública.

“Esta unilateralidad se ve acentuada por la trágica irrelevancia de la formación previa en los factores que realmente determinan la vida social. Apenas se recibe una preparación que fomente una capacidad de firme resistencia, de discernimiento crítico, o la visión y el deseo de canalizar las fuerzas económicas por nuevas vías.

Así pues, si he decidido hacer especial mención de la educación es porque ésta –en su más amplio sentido de formación de las actitudes fundamentales de la imaginación, el deseo y el pensamiento– está estrechamente relacionada con la cultura entendida en su sentido social global. Es porque la influencia de las instituciones económicas y políticas en la educación, según el último análisis, es aún más importante que sus consecuencias económicas inmediatas. La pobreza mental a la que da lugar una distorsión unilateral del pensamiento es, a fin de cuentas, mucho más importante que la pobreza en términos materiales (...)” (Dewey, 2003:145-6)

El proyecto intelectual y político de John Dewey, promueve los referentes de la imaginación, la flexibilidad, la producción de sentido y la ética. Ya con este filósofo pragmatista se señalaban los efectos dañinos de un interés exclusivo por la tecnología como medios de predicción y control que ignoran los fines por los cuales se aplica.

En la actualidad y en términos culturales, el clima comunicativo debe promover confianza y credibilidad en la información requerida que, en cualquier circunstancia, debe emerger del proceso de recepción, en particular, y de la percepción social en general. Por lo que la disponibilidad de la información debe ser el resultado de un proceso de comunicación en doble dirección donde la participación pública como derecho de la ciudadanía sea el factor esencial gracias al cual los responsables institucionales puedan actuar con mayor eficacia:

“Este es el punto de partida del siglo XXI: la ruptura entre información y comunicación, la dificultad para pasar de la una a la otra. Sabíamos que las culturas eran diferentes, pero pensábamos que la misma información podía ser más o menos aceptada por todos. Advertimos lo opuesto: entre información y comunicación se abre un abismo. Esta verdad empírica había sido descubierta, muchas veces con

dolor, a escala de los Estados nacionales; se la encuentra más claramente a escala del mundo. Lo que se desmorona es un determinado modelo universalista –en realidad, occidental– de la información y el vínculo entre información y comunicación.

Porque ese vínculo ya no responde a la misma necesidad: desde la caída del comunismo, que estimuló cierta libertad de prensa en todo el orbe, y desde que se ingresó en una era donde la abundancia de la información está económicamente justificada, el lazo directo entre la información y su aceptación por los destinatarios se ha debilitado. La información está ligada al mensaje y presupone su aceptación. La comunicación, en cambio, pone el énfasis en la *relación* y cuestiona, por tanto, *las condiciones de la recepción (...)*” (Wolton, 2004:23)

Procesos de mediación e identidad de las audiencias

La (con)vivencia en las sociedades mediáticas ha experimentado una intensificación sin precedentes. Las audiencias deben ser las protagonistas a la hora de determinar su propia existencia así como sus propias capacidades de coexistencia con los otros. En poco más de un siglo las nuevas tecnologías de la información y la comunicación han producido un incremento exponencial en nuestra capacidad de relacionarnos. La saturación en la mediación de la experiencia ha contribuido a una percepción social amenazante hacia el otro incidiendo tanto en nuestras vidas cotidianas como en la legitimidad de nuestras instituciones. La necesidad de interconexión global implica tanto grandes ventajas como inconvenientes. En este panorama de transformación las audiencias deben jugar un rol protagónico aunque con y entre los medios.

La aproximación a las audiencias en el nuevo ambiente tecnológico e interactivo exige plantearse la configuración de las lógicas de mediación desde su centralidad en un entorno global de saturación mediática y de percepción de riesgo. El análisis de las audiencias nos remite a un problema de teoría social en el marco de la modernidad reflexiva donde las audiencias conviven cotidianamente en y entre la comunicación mediada. Se debe discernir el grado de responsabilidad de los medios en las transformaciones políticas y culturales en relación con la formación de la identidad de las audiencias. La respuesta cómplice o de connivencia ante la mediación de la vida cotidiana, abre nuevos frentes de emancipación a las audiencias confrontadas ante la construcción del discurso del miedo y la representación del otro a través de los medios.

Como últimamente viene señalando Roger Silverstone, una de las direcciones de investigación más originales reside en el dominio de los medios desde la ética comunicativa de la representación. Por su parte, los valores morales asociados a los procesos de mediación aparecen en las percepciones y las interpretaciones del mundo mediatizado (Schulz, 2003) que experimentamos, en la encrucijada entre los medios y la vida cotidiana.

En buena medida, Roger Silverstone hace recaer en las audiencias la mayor parte de responsabilidad cuanto al mundo que se le dibuja en los procesos de mediación. Por otra parte, David Altheide trabaja con la idea de la mediación a través de los formatos culturales de comunicación desde una posición más centrada en los medios. Este sociólogo responsabiliza a los medios y a sus formas de construir discursos.

Tanto en el primer caso como en el segundo, el concepto clave es el de mediación. Ambos coinciden en subrayar la responsabilidad ética y moral aunque lo hacen siguiendo caminos distintos. Ya sea en términos de responsabilidad de los medios o de complicidad y connivencia en las audiencias, aquello indiscutible es la trascendencia de los entornos

mediáticos que pueden poner en peligro la configuración de las sociedades democráticas en un nivel global. A través de los mecanismos de control social estimulados por los discursos del miedo, existe la complacencia e incapacidad de las audiencias para situarse más allá de las imágenes de los medios o de posicionarse en su contra:

“El 11-S fue un momento trascendente, traído a la tierra por la continua rearticulación y naturalización de los medios tanto de sus imágenes como de sus narrativas. Este proceso de naturalización no debía, no podría, ni contribuyó a mejorar la comprensión. Respecto a la capacidad de los medios para conectarnos significativamente al otro, incluso el otro en la muerte y la destrucción, se ha probado ser una ilusión, una perniciosa ilusión.” (Silverstone, 2002a)

La ecología mediática en la que habitamos implica una creciente opulencia informativa en y a través de la cual las audiencias multiplican sus experiencias mediadas. A partir de la consolidación de estos procesos de mediación de la experiencia, los medios se integran en la constitución de la vida cotidiana alterando la percepción geográfica e histórica. Los medios simbolizan la localización múltiple de la vida moderna con sus rutinas y rituales en las prácticas de la vida de cada día.

Si la responsabilidad de los medios es convertir el mundo en inteligible, la complicidad y connivencia de las audiencias reside tanto en la aceptación a-crítica de las representaciones mediáticas como en el reconocimiento tácito de sus limitaciones. El mundo mediado simbólicamente no es una imposición sin escapatoria. Se ha formado históricamente y lo hemos elegido cotidianamente. En consecuencia, las audiencias pueden escoger y tienen la posibilidad de rechazarlo o de ponerlo en cuestión.

El paso previo para tomar responsabilidad recae en la comprensión de nuestra cultura saturada por la mediación. Existe, pues, una vinculación estrecha entre esta dimensión de complicidad en la vida cotidiana y la voluntad de poder en la mediación, que es la necesidad de creer en nuestra habilidad de conocer al otro, y en nuestra necesidad de creer en la realidad y la autoridad de los hechos. Pero hay que considerar también el nivel de la connivencia vinculándolo con el tema crucial de relación con el otro:

“El primero es entre nosotros y nuestros medios: el vocabulario y el discurso de representación, la narrativa y el relato. El segundo es entre nosotros mismos: los vocabularios y los discursos integrados en la vida cotidiana –sus formas de hablar, sus recuerdos y sus olvidos-. La complicidad depende de nuestra aceptación voluntaria de la capacidad de los medios para traducir correctamente el reto del otro tanto en los marcos familiares como en el castigo excomulgador. La negación de la connivencia depende de nuestra capacidad, y deseo, tanto de ignorar como olvidar la realidad de la otredad del otro. La complicidad se implica en nuestra interrelación con las formas y los procesos de mediación, la connivencia con su contenido.” (Silverstone, 2002b:23)

Estamos ante una problemática que concierne a la responsabilidad ética y moral, entre los medios y las audiencias. Implica tanto a la ética de la representación mediática como a la identidad de las audiencias protegidas en el santuario de sus vidas cotidianas, aunque el rechazo de las consecuencias morales conlleve también el aislamiento y el sentimiento de

soledad. El grave riesgo que corren nuestras sociedades mediáticas reside en la existencia silenciada de nuestras propias actitudes personales ante los procesos de mediación y también en la lógica perversa de nuestras propias instituciones, incluidos los medios de comunicación mediada.

La asunción de esta doble responsabilidad subraya la necesidad de profundizar en la comprensión de los procesos de mediación sin menospreciar ni a los medios ni a las audiencias, sino poniendo la atención en su relación dialéctica de articulación permanente. Con la irrupción de la red de redes, asistimos a la emergencia de nuevas categorías que plantean escenarios plagados tanto de oportunidades en formación como también de renovados peligros.

La identidad cultural en Internet

En el entorno de globalización que habitamos, las propuestas de análisis y acción, para identificar los principales indicadores de evaluación de Internet en torno al debate de las identidades culturales, se convierten en imprescindibles. Los rasgos diferenciales de carácter cualitativo que condicionan el debate se construyen alrededor de la situación política, la identidad lingüística y la dimensión mercantil derivada de la potencia propia de las industrias de la cultura.

Si consideramos internet como una innovación técnica y conceptual tenemos que reconstruir las categorías de análisis cultural. Debemos profundizar en la evaluación de las potencialidades de internet como medio impulsor de un nuevo modelo de reciprocidad en el cual se eviten las constricciones asociadas estructuralmente con otros medios y sus rutinas de producción. Nos referimos a la lógica de mediación (Silverstone,2004) específica de la red donde y a su alto grado de flexibilidad e hibridación.

Desde la configuración de la identidad cultural que se encuentra condicionada política y socialmente, podemos considerar tres dimensiones relevantes para su traducción a la lógica específica de internet: dominación, comunión e innovación (Giner,1985):

1.- Internet como nuevo instrumento para la dominación cultural.

La lucha por la jerarquía, la autoridad y el poder confluyen en diversas modalidades de exclusión que con la instrumentalización de internet reproducen las viejas formas de dominación. Se trata de sujetar y subordinar a aquellos que no reconocen el rol de los *auténticos* creadores y guardianes de la cultura aceptada como legítima. En el marco de internet, estaríamos hablando de las pugnas institucionales, la apropiación y control vertical de recursos, significados, símbolos, mitos, valores, conocimientos, etcétera. En términos de la configuración del espacio de comunicación en internet, esta verticalidad supone una apuesta conservadora y contraria a la lógica de mediación de la red. En efecto, *la universalidad en el acceso y la alfabetización digital se dan por supuestas.*

2.- Internet como nuevo instrumento para la comunión cultural.

Con las nuevas formas horizontales de interacción, el proceso de comunión se convierte en componente básico para la integración social con el altruismo por la colectividad, la solidaridad y la lealtad de grupo por encima de otros intereses sectoriales. El cosmopolitismo cultural en un entorno global en formación, a su vez, fortalece la implicación

subjetiva en las lógicas locales de apropiación de las culturas. De hecho, *se asumen los procesos de individualización, pluralidad y debilitamiento de los referentes colectivos.*

3.- Internet como nuevo instrumento para la innovación cultural.

En la gramática de internet se superan las barreras constrictivas propias de otros entornos mediáticos y tal cosa se manifiesta al tratar de resolver los problemas inesperados y proporcionar coherencia a situaciones nuevas, sin precedentes, tanto colectiva como personalmente. La configuración de las mediaciones en internet nos exige interrogarnos sobre cómo la identidad cultural se ha transformado tanto de ubicación como de sentido. La defensa de un horizonte cultural común acarrea construir las categorías a través de las cuales la red se constituye como el espacio de intersección donde se ejercitan y se hacen visibles y participadas las nuevas formas de expresión personalizada de la identidad cultural.

Las amenazas de dominio por unas redes culturales expansivas y hegemónicas deben contraponerse a las oportunidades al abrir la cultura a la participación vía internet:

4.- Internet como ambiente de interacción.

La clave no reside en la organización de la vida cultural o en cómo internet juega un rol central al proporcionar los canales y las redes para la comunicación interpersonal y entre las organizaciones, sino en la capacidad de estas redes para crear un espacio simbólico donde las identidades culturales pueden formarse y las relaciones mantenerse en un entorno abierto. La cuestión es de escala y de diferencia: en juego están las formas en que internet entreteje marcos de referencias y esferas de actividad. En cualquier caso, internet no construye las identidades, sólo puede contribuir a estimular o no, la interacción entre sujetos que cotidianamente sean capaces de configurarlas.

5.- Internet como espacio público de contenidos.

La concepción de la red de redes debe afrontar la relevancia de los contenidos informativos que se presentan. No es suficiente con estar sino que se debe invertir en la dimensión cualitativa de generación de los mensajes. No se puede sostener que internet sea el mensaje y, por tanto, es urgente intervenir en las lógicas productivas tanto con la digitalización de los contenidos existentes como con el fomento del autocontrol voluntario. El impulso de la participación comienza con la presencia de contenidos de interés público así como con la impresión de su correspondiente sello de calidad. La consolidación de un espacio simbólico propio tiene que apostar por un grado mayor de cualificación a partir de la flexibilidad, la eficacia y la adaptabilidad.

6.- internet como espacio comunicativo.

La cultura no puede protegerse en una especie de intranet mientras la complejidad y la presión de internet experimenta con nuevos ritmos y formas de relación. La construcción de una comunidad virtual e interactiva de la cultura acabará siendo muy real en sus consecuencias si logra aprovechar la racionalidad de aproximación al mundo en configuración. La red podría significar una puesta en escena de proyectos con referentes comunes, como ocurre con la televisión, pero además como medio de interacción directa debería proyectar la experimentación con identidades culturales colectivas configuradas subjetivamente.

En términos analíticos, internet se constituye como un entorno interactivo, a la vez que como espacio público de contenidos y, más en general, como espacio de comunicación.

Ante estos elementos, las instituciones no pueden actuar como lo han venido haciendo en otros medios. La regulación y las políticas de subvención y control difícilmente encajan en un contexto abierto como el de internet. No obstante, esta implicación indirecta de las instituciones debe contar necesariamente con la radiografía de necesidades sociales, políticas y culturales de los usuarios (y de los no usuarios). Asimismo, se pueden generar las condiciones apropiadas para que se consolide un espacio cultural específico de internet actuando sobre los siguientes parámetros:

- La **visibilidad** tanto interna (identidad lingüística, por ejemplo) como externa (proyección internacional) de la identidad cultural en combinación con;
- la intervención indirecta sobre la **presencia**, identificando debilidades a partir de la radiografía de necesidades sociales y culturales que internet puede satisfacer así como garantizando la configuración de un espacio público de contenidos básicos, próximos, adecuados y gratuitos con;
- las prácticas activas de recepción y producción centradas en la **participación** gracias a la cual se interviene, a su vez, tanto en la presencia como en la visibilidad.

De los mass media a los self-media

La irrupción de una nueva forma de comunicación genera unas expectativas de innovación política, social y cultural sin precedentes. Sólo cabe recordar las potencialidades que generaron en su momento la radio y la televisión. Curiosamente, estos medios han sido considerados como básicos en la consolidación de la identidad colectiva cuando, en realidad, su trascendencia en el proceso de individualización ya fue muy remarcable desde sus primeros comienzos (Scannell, 1995). Este revisionismo aparece como central para aproximarse a la era de internet.

La mediación de la experiencia altera radicalmente aquello que la cultura realmente es y la manera en qué es percibida. La creciente reflexividad en la modernidad tardía sitúa la identidad como proyecto en permanente configuración. La sociedad de riesgo en la cual habitamos está operando una reconstrucción cultural a través de la lógica mediática con el discurso del miedo como clave. En el marco de las circunstancias globalizadas de hoy, el ser-en-el-mundo (*Dasein*) y el estar-con-los-otros (*Mitsein*) incluyen también la conciencia de los riesgos y peligros de grandes consecuencias. El ambiente generado en los procesos de mediación (*Umwelt*) se constituye como un sistema de relevancia que estructura las vidas personales en los intereses de seguridad y reducción de ansiedad junto a los self-media, variando la definición de la autenticidad en el individuo moderno así como la comprensión del significado y el valor de la existencia y la coexistencia. No obstante, el carácter reflexivo de la identidad personal se contrapone con la representación de la individualidad en la cultura de la modernidad tardía. De tal forma, se encuentra sujeta inevitablemente a una creciente posibilidad de inseguridad ontológica.

En el centro de esta transformación, la cuestión clave es cómo los seres humanos deben afrontar este mundo incierto existencialmente. El dilema existencial de la comunicación y los procesos de mediación actúan en la modulación de la fragilidad y solidez del ser humano y en la percepción de su bienestar en comunidad. Sin embargo, la comunicación para una investigación existencial es un enigma en un sentido mucho más radical. Las tecnologías del siglo XX han producido un incremento exponencial de nuestra capacidad de relacionarnos pero al mismo tiempo han dificultado la vinculación de nosotros

misimos con los otros. Los individuos acumulan experiencias en su propia comunicación y este fenómeno los convierte en únicos.

La dimensión existencial de la comunicación trasciende el proceso social y configura el centro de la existencia individual. Un individuo es lo que el o ella es en comunicación y no exclusivamente en relación con los otros, sino también con uno mismo. Esta aproximación existencial y relacional incide en el terreno de la interacción personal como primer fundamento para el enriquecimiento a través de la comprensión mutua. La mediación de nuestra experiencia toma forma de experiencia mediada con un sí mismo en perpetua inestabilidad y sin capacidades de acercamiento al otro.

Paradójicamente, los medios son al mismo tiempo causa y efecto de la interpretación y gestión de la comunicación intercultural, tanto en sus términos negativos como positivos. Parece que los medios sean agentes centrales en el agravamiento de ciertas patologías interculturales como también se postulan como agentes esenciales en la transformación intrínseca de la comunicación intercultural.

En la era de internet, los usos y apropiación social y cultural continúan siendo claves tanto para convertirlo en un verdadero dispositivo comunicativo como para abrirlo a la participación pública y a la diversidad de las culturas. Pero más importante aún, los medios se encuentran en la intersección de los conflictos y el diálogo entre las culturas del mundo, incidiendo en la percepción configurada por las audiencias. Si esta percepción conlleva una amplificación social del miedo hacia el otro, deberemos admitir que, en última instancia, nos resultará imposible distinguir entre riesgo real y riesgo percibido, dejándonos así atrapar en la jaula de hierro de la (in)seguridad, la cual convierte a la ciudadanía en víctimas y destruye la credibilidad de las instituciones democráticas. Atreverse a pensar la interculturalidad en este entorno de miedo y riesgo, se convierte en el nuevo frente de batalla para el pensamiento crítico y comunicativo del nuevo milenio:

“(Podríamos decir que los expertos son casi por definición personas que “acomodan los hechos”, los aceptan tal como son y piensan la manera menos riesgosa de vivir con ellos.) (...)

Beck escribe:

“eliminar riesgos, o *interpretarlos para hacerlos desaparecer*, es para la conciencia del peligro lo mismo que el alimento para el hambre”. En una sociedad acosada fundamentalmente por la carencia material, la opción entre “eliminar la miseria” o “interpretarla para hacerla desaparecer” no existe. En nuestra sociedad, más acosada por el riesgo que por la miseria, sí existe, y se opta a diario. El hambre no puede apaciguarse con el rechazo: en el hambre, el sufrimiento subjetivo y su causa objetiva están indisolublemente unidos, y el vínculo es evidente y no puede negarse. Pero los riesgos, a diferencia de la carencia material, no se experimentan subjetivamente; al menos, no es posible “vivirlos” directamente, sin la mediación del conocimiento. Pueden no llegar jamás al campo de la experiencia subjetiva, pero ser trivializados o negados antes de llegar allí, y la posibilidad de que se les impida llegar a ese campo *crece* a medida que el grado de riesgo aumenta.” (Bauman, 2002:221)

Referencias

- Adorno, W, Theodor & Max Horkheimer. (1979) *Dialectic of Enlightenment*. Londres: Verso.
Edición original: 1944.
- Altheide, David L. (2002) *Treating fear. News and the Construction of Crisis*. New York: Aldine de Gruyter.
- Altheide, D. L. (1995) *An Ecology of Communication: Cultural Formats of Control*. Hawthorne, NY: Aldine de Gruyter.
- Altheide, D. L. & R. Snow (1988) "Toward a Theory of Mediation", 194-223. En J.A. Anderson ed. *Communication Yearbook*, 11. Newbury Park: Sage Publications.
- Bauman, Zygmunt. (2002) *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, Ulrich (1998) *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (2002) *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.
- Beck, U.; A. Giddens & S. Lasch (1997/1994) *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*. Madrid: Alianza.
- Dewey, John (2003/1929-30) *Viejo y nuevo individualismo*. Barcelona: Paidós.
- Giner, Salvador (1985) *Comunió, domini, innovació. Per una teoria de la cultura*. Barcelona: editorial Laia.
- Lippmann, Walter (2003/1922) *La opinión pública*. Madrid: Langre.
- Scannell, P. (1995) "For a Phenomenology of Radio and Television". *Journal of Communication*, 45-3.
- Schulz, W. (2003) "Probing the Mediatization Concept". *Old Frontiers and New Directions in Communication and Media Studies*, European University Institute.
- Silverstone, R. (2002a) "Mediating Catastrophe: September 11 and the crisis of the other". Publicado en francés 'La Mediatisation de Catastrophe', *Dossiers de l'Audiovisuel*, 105, 60-64.
- Silverstone, Roger (2002) "Complicity and Collusion in the Mediation of Everyday Life". *New Literary History*, 33.
- Silverstone, R. (2004) 'Mediation and Communication' en C. Calhoun, C. Rojek and B. Turner eds *The International Handbook of Sociology*, London, Sage
- Wolton, Dominique (2004) *La otra mundialización. Los desafíos de la cohabitación cultural global*. Barcelona: Gedisa.